



Pintura Gótica

## ITALIA: UN NUEVO AMANECER (EL DUECENTO)

JUAN GOMEZ Y G. DE LA BUELGA

EL extraordinario momento pictórico por el que atraviesa Italia en torno al año 1300 (y más particularmente la Toscana), hemos de verlo como consecuencia natural del estado al que habían llegado las sociedades urbanas italianas de entonces, muy desarrolladas intelectual y económicamente. Y es un proceso que se inicia en el siglo de las catedrales góticas y de Alfonso X el Sabio (el «duecento»).

Pero el substrato artístico gracias al cual se va a poner en marcha el movimiento pictórico del que vamos a tratar, y que va a dar al mundo artistas tan geniales como Giotto o Simone Martini, está en la pintura bizantina, que había sido la fuente de inspiración de todos los pintores de iglesias durante los largos siglos de la Edad Media (1).

Desde que en 1261 Miguel VIII Paleólogo volvió a restaurar el Imperio de Bizancio tras el paréntesis de casi sesenta años de gobierno latino, cuyo punto de arranque había sido el saqueo de Constantinopla por los Cruzados en 1204, el mundo bizantino volvería a renacer de



Durante la época de los Paleólogos (siglos XIII y XIV) e incluso antes, con los Comnenos, se conoció en Bizancio un segundo período de esplendor del arte pictórico, y de entonces data la espléndida colección de pinturas murales que pueden contemplarse en una serie de alejados monasterios e iglesias de la actual Yugoslavia. Uno de esos frescos es el que aquí se representa, existente en la iglesia de Nerezi (Macedonia, Yugoslavia), que aún siendo de los más antiguos (2.ª mitad del siglo XII) constituye una muestra evidente de las altas cotas de expresividad a las que se había llegado por entonces. Ya no se trata de aquellas figuras majestuosas de los mo-

saicos del siglo VI, de miradas ausentes perdidas en el vacío, sino personajes que viven y transmiten al espectador sus sufrimientos. Tal la expresión de dolor transido de la Madre inclinada sobre el cuerpo de su Hijo, o el del discípulo amado. A destacar también el avance técnico que suponen las transparencias del paño que cubre el cuerpo del Cristo muerto. Este tipo de pintura es el que va a pervivir durante largos siglos todavía, sufriendo un proceso de progresivo amaneramiento. Será la «maniera greca», el estilo que se prodigará en la Italia del «duecento» y del «trecento».

sus cenizas para subsistir aún cerca de trescientos años y conocer momentos de gran esplendor artístico.

Durante este largo período de la dinastía de los Paleólogos, el Imperio Bizantino va siendo lentamente cercado por otros pueblos, que va a cercenarle parcelas de su territorio. Así como por el este son los turcos otomanos, por el norte son los búlgaros y los serbios, reinos que —al igual que había pasado en el siglo V con los bárbaros que acabaron con Roma—, impusieron la razón de su fuerza sobre una Bizancio dividida y cada vez más débil. Pero lo hicieron —lo mismo que los antiguos bárbaros—, asimilando la cultura milenaria de los imperiales, y dejándose conquistar por ella.

Habían recibido de Bizancio la religión y la cultura, con el alfabeto cirílico, la arquitectura y el arte de los iconos, los mosaicos y los frescos. Todo lo cual florecerá durante los siglos en una serie de escondidos monasterios que van a proliferar por la península balcánica, y que hoy se conservan y pueden admirarse en las actuales Yugoslavia, Albania, Rumanía y Bulgaria, y por supuesto en Grecia (2).

En pinturas al fresco, realizadas principalmente durante los siglos XIII y XIV, y en ellas se recoge lo mejor de las tradiciones bizantinas de los lejanos tiempos de la Edad de Oro, enriquecidas con las aportaciones de lo que podría llamarse un espíritu nuevo, derivado de la evolución del pensamiento cristiano, tal como ha sido recogido en los documentos de los sucesivos Concilios (3). Los personajes divinos

*Hacia 1265 se realizaron estas pinturas al fresco en el Monasterio de Sopotani, cerca de la actual Novi Pazar (Yugoslavia), componiendo un conjunto de murales de gran belleza, que por muchos ha sido considerado como una de las cumbres del arte deuterobizantino. El fragmento reproducido es un grupo de figuras de hombres que forman parte de la escena llamada «Tránsito de la Virgen», y destacan por el suave colorido y el perfecto modelado de cuerpos y ropajes, difícilmente superable en otras obras posteriores del «trecento» italiano.*

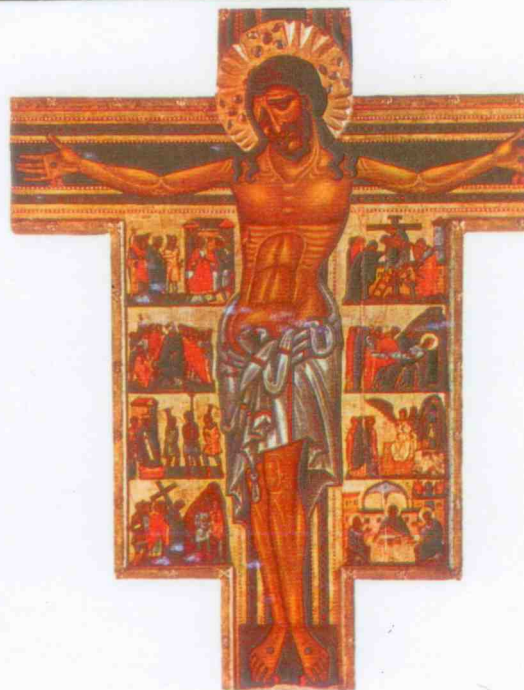


representados en ellas ya no son aquellas figuras distantes de los hombres, a fuerza de querer mostrarlos superiores por distintos, sino que empiezan a dejar traslucir sentimientos en sus rostros, y a adoptar gestos y actitudes humanas, como el dolor, la aflicción o la alegría.

Se ha dicho que este cambio del pensamiento cristiano fue propiciado por el espíritu que representan San Francisco de Asís y las órdenes mendicantes, todo ello inscrito a su vez en el mundo nuevo del huma-

nismo neoplatónico que toma cuerpo desde los siglos XII y XIII, y del que son muestra genuina las Universidades que se van fundando en toda Europa y los centros de estudios teológicos y filosóficos que también proliferan en el mundo bizantino y el islámico de la época.

Es un hecho cierto que en la época de los Paleólogos, mientras el Imperio se desmembraba, florecían en las lejanas provincias otros centros culturales (que rivalizarían con la propia Constantinopla), en torno todos ellos a los palacios de los se-



*Durante la segunda mitad del «duecento» se desarrolló una muy estimable escuela de pintura en la Toscana italiana, de la que se conservan numerosas muestras, una de las cuales es el «Cristo» que se exhibe en la Galería de los Uffizi, en Florencia (Escuela de Pisa). Se observa en esta obra la clara influencia bizantina, debida al aporte de los pintores griegos que arribaron en años anteriores a Venecia. Este tipo de Crucifijos fue muy corriente en el «duecento», y como en este caso solían llevar un encuadre de escenas de la Pasión acompañando a la figura del Señor.*

